

PA —  
LA —  
BRAS —  
**MA —**  
**YO —**  
**RES .**



# Cuentos increíbles

Pere Calders

Gabriel García Márquez

Ricardo Doménech

Daniel Sueiro

Julio Cortázar





---

Cuentos increíbles / Pere Calders ... [et al.] ; compilado por Mercedes Calero. - 1a ed. - Buenos Aires : Factotum Ediciones ; Madrid : Editorial Popular, 2018.

112 p. ; 22 x 15 cm. - (Palabras mayores / Indij, Guido)

ISBN 978-987-4198-05-1

1. Cuentos. 2. Antología de Cuentos. 3. Cuentos de Ciencia Ficción. I. Calders, Pere II. Calero, Mercedes , comp.

CDD 863

---

© Factotum Ediciones, 2018

Roseti 782 (1427)

Buenos Aires, Argentina

[www.factotumediciones.com](http://www.factotumediciones.com)

[info@factotumediciones.com](mailto:info@factotumediciones.com)

© Editorial Popular, 1990, 2018

C/Doctor Esquerdo, 173 6ª Izda.

Madrid, España

[www.editorialpopular.com](http://www.editorialpopular.com)

Compilación: Mercedes Calero

Coordinación editorial: Renata Cerelli

Prólogo: Hugo Salas

Diseño de tapa: Javier Basile y Melina Olivella | Grupo KPR

Ilustración de tapa: Melina Olivella | Grupo KPR

Diseño de interiores: Renata Cerelli

Armado: Brenda Wainer

Producción: Mariel Mambretti

Corrección: Mónica Campos y Álvaro López Ithurbide

ISBN 978-987-4198-05-1

Libro de edición argentina.

Impreso en India. *Printed in India.*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

# Prólogo

Los cuentos que integran el presente volumen parecen contradecir un principio tácito del género: el hecho de que es preciso creer, al menos en cierta medida, en lo que se cuenta (y, por añadidura, en quien lo cuenta). Con mayor o menor intensidad, el problema de lo verosímil forma siempre parte del contrato entre lector y autor. ¿Cómo narrar, entonces, lo que no se puede creer, lo increíble? ¿Cómo leer algo que se nos anuncia, de antemano, imposible de aceptar? ¿De dónde se aferra esta literatura que hace de tan palmario fracaso uno de sus ejes fundamentales?

Desde luego, integra por derecho propio la vieja tradición del gusto por las paradojas. Con sutil ironía, pone en tensión no solo las categorías de lo pensable y lo posible, sino incluso los propios mecanismos del arte de contar. Si también se puede contar lo increíble,

¿en qué medida resulta creíble aquello que se puede contar? Desde la antigüedad griega, estas formas de razonamiento han sabido contaminar el prístino ámbito de la racionalidad, obligando a distinguir verdad de cálculo.

Lo curioso del caso, sin embargo, es que todos estos cuentos sí producen un fuerte efecto de verosimilitud: la creencia del lector de que se le está narrando algo increíble. De esta forma, pagan su osadía contra la lógica recayendo en una paradoja mayor, la del burlador burlado, casi como si el lenguaje no tuviera límites en su capacidad de representar incluso aquello que excedería los principios propios de la representación.

Las vías que conducen a este camino, desde luego, son numerosas. El catalán Pere Calders, por ejemplo, abre el volumen con dos muestras del extraordinario poder del absurdo, ese universo donde se desbarata la lógica porque todos los personajes que lo integran se comportan “normalmente” ante incidentes por completo inaceptables. Lo acompaña un trabajo de construcción vacilante, en donde cualquier cosa que se afirma puede ser negada o puesta en cuestión en el párrafo siguiente, generando aun mayor tensión, a partir de un uso prolífico de la oralidad. En su literatura, se advierte un elemento evidente en muchas otras a lo largo del siglo xx: una nueva concepción de la Providencia

ya no como sabiduría de Dios, sino como movimiento secreto de las cosas que atenta contra la voluntad, pero también contra la realidad de los hombres.

Distinto es el planteo del colombiano Gabriel García Márquez, gran representante del realismo mágico latinoamericano. Como suele ocurrir en su literatura, es posible describir aquí lo increíble como el incidente aislado que se presenta en medio de la cotidianeidad y que trastorna a todos los afectados. En este relato amargo, en particular, la gente termina sin embargo adaptándose incluso a esa cosa inusual, deslumbrada por otra que les resulta más llamativa, en una sutil lección acerca del carácter sistematizante que tiene la propia literatura.

Lo inexplicable adopta en el cuento de Ricardo Doménech la forma de una inquietante alegoría sociopolítica: la de un batallón militar que, sin explicación, marcha al revés (del resto de la sociedad). Aquí el trabajo sobre lo increíble alcanza los ribetes de la sátira y la gran ironía, donde lo inexplicable no precisa solución porque es metáfora de una realidad concreta y palpable.

En el caso de Daniel Sueiro, por el contrario, la perturbación proviene de la exagerada (pero entendible) obstinación de un personaje que no desea cejar ante un interés personal sencillo: conservar su asiento en

el tranvía. Cualquiera que sea usuario de los grandes medios de transporte contemporáneo podrá identificarse con la situación y el tono, donde el procedimiento central es la hipérbole con que el humor suele volver visibles, como una gran lente de aumento, ciertas singularidades risibles de la vida social.

Cierra el volumen uno de los escritores a los que más ha inquietado el fantástico no solo como categoría literaria, sino a partir de una honda percepción del mundo como lugar hechizado. En este cuento, Julio Cortázar explota una serie de coincidencias entre los ámbitos del mundo real y su propia literatura para señalar el carácter incierto de la frontera divisoria entre el reino de la casualidad y el de un orden desconocido, las clásicas figuras del azar tan caras a su producción.

Hugo Salas



# Cosas de la Providencia

Pere Calders

## I

Lo recuerdo muy bien: hacía dos años que me habían aumentado el sueldo y era muy feliz, tan feliz que parecía increíble en una época como aquella.

Me levanté tarde, y el primer gesto del día fue abrir de par en par la ventana de mi habitación y echar una mirada al mundo, con el profundo convencimiento de que yo lo dominaba un poco y la clara opinión de que, así tal cual, estaba bien.

Me vestí mi mejor ropa y me complace decir que me sentaba maravillosamente, amparándome en el hecho de que en los tiempos que corren la gente no aprecia la falsa modestia. Puede afirmarse que aquel día estrenaba bigote, porque después del último afeitado había tomado forma y relucía con personalidad.

Parece superfluo decirlo, pero es mejor dejar las cosas bien claras: hacía una mañana de sol y nos hallábamos, más o menos, en plena primavera. La calle mejoró con mi presencia y más de una chica, al pasar cerca de mí, se volvía para mirarme de reojo el bigote.

Me sentía poderoso, clarividente, comprendía un montón de cosas que siempre me habían parecido oscuras y diría que, si es cierto que los reyes y los emperadores se ven asistidos de un estado de gracia especial en el ejercicio de su oficio, debe ser un estado semejante al que en aquel domingo me embellecía la vida.

Soy minucioso en la descripción de un momento espiritual tan notable para que la gente se percate de que yo no tenía ninguna preocupación, que me sentía muy normal a mi manera y que nada permitía prever que iba a ocurrirme la cosa realmente extraordinaria que me ocurrió después. La vida da tumbos cuando menos se lo espera, y eso, por más que la filosofía pretenda hacérselo entender, es algo que siempre nos sorprende.

Aquel día no tenía ganas de perderme el aire libre. Necesitaba la tibieza del sol y poder sumergir los ojos en la lejanía y ver mucha gente y cosas animadas. Me dirigí al Parque Zoológico, a pasear mi gloria; es

prácticamente seguro que contagiaba mi entusiasmo a los demás, porque las personas que me rodeaban sonreían sin saber muy bien qué les pasaba.

Fue una buena mañana desde todos los puntos de vista, que, como muchas cosas buenas, pasó de prisa. Cansado de ver flores y claridad de día, contento de haber hecho llevadero el cautiverio de alguna fiera ofreciéndole las golosinas que el cuerpo le pedía, llegó la hora de almorzar, y sin excesivas prisas ni demoras, me encaminé a casa.

En la escalera me palpé el bolsillo de las llaves con el instintivo gesto cotidiano, y comprobé que no las llevaba. “Te las has dejado olvidadas en la ropa de a diario”, me dije sin la menor preocupación, porque daba por supuesto que Irene, la vieja sirvienta que se ocupaba de mí, me abriría.

Llamé, ¿y sabéis quién me abrió? Me abrió un señor de mediana edad, con patillas, envuelto en una bata a rayas azules y blancas como la que yo usaba.

—Discúlpeme —dije—. Debo haberme equivocado de piso.

—Este es el tercer piso, primera puerta —contestó—. ¿Busca algo?

El tercer piso, primera puerta, de aquella escalera, era mi casa. Por consiguiente, si yo no estaba equivocado,

quien erraba era el señor de mediana edad. Además, mirando de reojo, vi que los muebles del vestíbulo eran los míos y el papel de las paredes era el que yo mismo había elegido en ocasión no muy lejana.

Adopté una actitud severa.

—¿Qué hace en *mi casa*? ¿Es usted pariente de Irene?

El hombre se sorprendió y me contestó bondadosamente.

—No lo entiendo en absoluto. No conozco a ninguna Irene, y, por lo que respecta a esta casa, pasado mañana se cumplirán seis años que vivo en ella. Le ruego que no bromeé, porque a veces no entiendo las bromas. ¿En qué puedo servirle?

—Oh, mire, venía a comer —le dije realmente desarmado por su aire sincero—. Si no puedo quedarme aquí, le aseguro que no sé a dónde ir.

—Nunca he desatendido a ningún forastero que llame a mi puerta en son de paz. Compartirá nuestra pobreza. Entre.

Entré, y entonces sí que se eliminaron todas mis dudas.

—Bueno, vamos: ya está bien. Esta es mi casa y no seguiré ni por un momento más el hilo de su farsa.

El señor me sonrió con malicia, me dio una palmadita en la espalda y me dijo:

—Ya empiezo a entenderlo: usted es uno de los bromistas que cortejan a Clara y se ha inventado un truco para entrar aquí. ¡Pillo!

—¿Quién es Clara?

—Vamos, no siga fingiendo. Ya está aquí y yo le doy la bienvenida.

Y, levantando la voz, añadió:

—Clara, hija mía, ven a ver quién está aquí.

## II

De la puerta del comedor, mi comedor, salió una chica que alegraba la vista. El hombre de la bata a rayas desempeñaba su papel dando a entender que sabía hacerse cargo de las cosas y que, puesto en ello, no le costaba seguir una broma de jóvenes. Tendió las manos a la chica y le preguntó:

—¿Conoces a este muchacho?

Vi que la señorita se fijaba inmediatamente en mi bigote y que, más o menos, le gustaba.

—No, papá, no lo he visto nunca.

Mientras lo decía me dedicó una risita, con la intención de enamorarme, y a mí, de momento, no se me ocurrió otra cosa que taparme el bigote con la palma de la mano.

El señor cada vez se divertía más.

—Vamos, vamos. No es preciso que lo alarguéis más. Ni es ningún crimen que los jóvenes intenten verse. Por lo que a mí me concierne, me parece bien.

En aquel momento se presentó una señora gorda procedente de la cocina, seguida de cerca por dos criaturas de edad y sexo indefinidos. La señora se acercó con un aire jovial, secándose las manos en un delantal casero.

—Mi mujer —dijo el hombre—, y mis otros dos hijos. Son un par de sinvergüenzas.

Y, dirigiéndose de manera especial a su mujer, añadió:

—Aquí, el joven, es un pretendiente de Clara.

Me pareció que todo aquello era sumamente irritante y que, si no hacía prevalecer inmediatamente mis fueros de propietario, tal vez ya no estaría a tiempo.

—¡Basta ya de comedia! —dije gritando—. Si no me dicen dónde está Irene y por qué se han instalado en mi casa, ¡llamaré a la policía!

Estas palabras provocaron la desolación de la familia. El que hacía de cabeza de familia dijo:

—¡Qué testarudez más especial!

Y la señora, con voz suficientemente alta como para que la oyéramos todos, dijo a su marido:

—Ernest; este joven está loco.

La chica también quiso opinar:

—Mamá, quizá se trata de un anuncio.

Uno de los hijos pequeños, en un tono de voz que denotaba el cansancio de la vida moderna, añadió:

—Debe ser una de esas adivinanzas americanas que tanto gustan a según qué tipo de gente...

Dijo “según qué tipo de gente” dando a entender que, desde su punto de vista, el pasatiempo no era de su agrado.

Decididamente, llevando el asunto a un terreno de violencia, yo llevaba las de perder. Lo vi enseguida y me dispuse a ser persuasivo para ganármelos por las buenas.

—Miren: yo soy un desconocido para ustedes, en su opinión es la primera vez que pongo los pies en esta casa. Ahora bien, ¿cómo conseguirían explicar que yo conociera la disposición de cada habitación y los muebles que contienen, y lo que hay en cada mueble? ¿Verdad que no podrían explicarlo?

—¡Nooo! —dijeron a coro los cinco.

—Pues presten atención. Esta puerta cerrada comunica con la sala de visitas. La de su lado es la del comedor. Aquella de allí corresponde a un dormitorio y a la izquierda está la del despacho. En la mesa del despacho, en el segundo cajón empezando por arriba, están los recibos del alquiler a mi nombre...

—No —interrumpió el señor—, no están a su nombre. Están al mío.

—¡Vayamos a comprobarlo! —exclamé triunfalmente.

Todos corrimos hacia el despacho, yo por delante, y abrí el cajón con ánimo tranquilo, seguro de que aquella vez se haría justicia.

Tomé el montón de recibos, los miré y entonces me pareció que el mundo empequeñecía bajo mis pies. Porque han de saber que iban a nombre de un tal Ernest de la Ferrería, que era, como ya pueden imaginar, el señor de mediana edad.

### III

Me asaltó un extraño desmayo que me obligó a apoyarme en la mesa, y casi sin sentido, al pasear la mirada por las paredes de aquella habitación, comprobé que los marcos de los cuadros eran los mismos que yo ya conocía, pero en lugar de mis retratos de familia, contenían fotografías de personajes que, alternativamente, se parecían a la señora gorda o al señor Ernest. No había duda de que un soplo de extranjería pasaba por encima de cada una de mis cosas y las convertía en forasteras.



La voluntad me abandonó y se apoderó de mí un profundo abatimiento. El señor Ernest, que era bueno a carta cabal, como tuve ocasión de comprobar posteriormente, se compadeció de mí y, con aire amistoso, dijo:

—¡Vamos, vamos! No hagamos durar “eso” por más tiempo. Vayámonos a comer, que ya es hora. Clara: si el joven quiere lavarse las manos, o lo que sea, enséñale el camino.

Recuerdo que pasé un buen rato sin poder abrir la boca. En la mesa, donde me sentí conducido por manos amigas, el vapor del primer plato me espabiló:

—¿Dónde está Irene? —pregunté con un hilo de voz.

—¡Vaya lata! —exclamó uno de los pequeños.

Y leí en cada una de las caras un gesto de reprobación tan expresivo que, sin insistir, me puse a comer el cocido, cabizbajo y sin apetito.

Llegado el segundo plato, Clara se animó, reclamó la atención de los presentes y dijo:

—Me daba vergüenza explicarlo, pero ahora me doy cuenta de que no me queda más remedio. Esta mañana, al salir de misa, me ha llamado la atención un gran corro de gente que rodeaba a un hombre que tenía una jaula con un pájaro dentro. Pagando diez céntimos, el pájaro se asomaba y te ofrecía un papel con el pico. El papel llevaba escrita tu buenaventura.

—¡Seguro que has cometido la tontería de dárselos!  
—interrumpió la madre.

—Sí, lo he hecho, ¿y saben qué decía mi planeta?

A nadie pareció que le interesara demasiado saberlo, pero a ella no le afectó. Sacó un papelito amarillo del bolsillo y leyó:

“El amor te rodea. El príncipe de tus sueños se presentará de una manera inesperada. Mantente atenta para abrir cuando la felicidad llame a tu puerta”.

La señora miró severamente a Clara y, en un tono de reprimenda, le preguntó:

—Hija mía, ¿has perdido el juicio? ¿Qué pretendes insinuar con eso? ¿Qué pensará este joven?

—¡Ah, no sé! —contestó Clara—. Seguro que él no ha venido porque sí. Una u otra fuerza debe haber guiado sus pasos hasta aquí... Yo, respecto a los pájaros adivinos, he oído decir cosas muy curiosas.

El padre, con cara de mal humor y dirigiéndose a mí, dijo:

—Esta chica se me está volviendo cada día más tonta...

## IV

Yo me levanté.

—Señoras y señores: soy víctima de una monstruosa maquinación. Si se trata de una broma, confieso que no puedo seguirla. Si no lo es, tampoco. No entiendo nada de nada; si ustedes lo entienden y me lo quieren explicar, se lo agradeceré eternamente. Si no, me volveré loco y dejémoslo estar.

—¡Otra vez! —murmuraron tres o cuatro voces a un tiempo. Y una gran cantidad de ojos se me clavaron en la cara para hacerme ver que actuaba equivocadamente.

Pareció, sin embargo, que el señor Ernest comenzaba a ver el caso desde otro punto de vista.

—Oiga: ¿es cierto que usted y Clara no se habían visto nunca?

Los dos le aseguramos que no nos conocíamos de nada. Y entonces el hombre se tomó la barbilla con un gesto ensimismado.

—A ver, a ver si eso es cosa de la Providencia...

—¿Qué quiere decir? —pregunté con un cierto desasosiego.

La señora contestó en su lugar.

—¡Oh!, es que en nuestra familia hay precedentes, ¿sabe? Ernest y yo nos conocimos de una manera

semejante. Ha de pensar y entender que, una mañana, el que había de ser mi marido...

—¡Psit! Ya lo contaré yo, que lo sé contar mejor. Pues el caso es que un día de fiesta, cuando hacía poco que había cumplido los treinta años, salí de mi casa con la intención de visitar el acuario. En aquella época estaba libre de preocupaciones y me sentía tan feliz como el que más de mis contemporáneos. Tenía algún dinero, hacía lo que me daba la gana y, para decirlo vulgarmente, no había quien me pisara el terreno.

Salí de casa de punta en blanco, con el calorcillo interior que me llevaba a ver todas las cosas por el lado amable y me pasaba aquello de que, sin que me amenazara ningún peligro, me decía constantemente que no me pasaba nada.

Siempre que lo pienso descubro que nada permitía suponer que iba a ocurrirme lo que después me ocurrió. Porque de repente, al salir de ver los peces, sentí que mi voluntad sufría una transformación y se doblaba a unos impulsos que no estaban dictados por la cordura que me era propia.

Bajo el peso de aquel estado especial que me obligaba a seguir como si una mano poderosa me empujara por la nuca, hice unas cuantas cosas desacostumbradas y

poco razonables. Entré en una tienda donde vendían hielo y compré una barra grande.

—¿Quiere que se la llevemos a casa? —me preguntaron.

—No, no —contesté—. Me la llevaré yo mismo.

Y ante la estupefacción de aquella gente, salí con la barra al hombro, rezumando agua y empapándome el traje, cosa que no alteraba mi indiferencia.

La misma fuerza extraña me hacía seguir un itinerario que me resultaba desconocido. Tenía metidos en la memoria el nombre de una calle y el número de una casa donde no vivía ningún pariente o conocido mío. Pero yo me dirigía allí con una obsesión singular, sosteniendo la barra, que se me deslizaba de las manos como un pez vivo. Al llegar a la dirección que me bailaba por la cabeza en forma de imagen ilusoria, llamé a la puerta de un piso cualquiera y me abrió una señora que con el tiempo llegaría a convertirse en pariente mío.

—Buenos días. Vengo a traer el hielo.

Lo dije en el mismo tono de voz que pudiera haber utilizado un trabajador del ramo, un ramo que, huelga decirlo, nunca ha tenido nada que ver con mis actividades.

La señora se mostró muy amable:

—Yo no lo he encargado. Quizás ha sido mi hija. —Y haciendo un aparte, añadió gritando—: Dolores: ¿has encargado hielo?

De las habitaciones interiores salió una voz que inmediatamente me arrebató el corazón y, acto seguido, se presentó una muchacha que correspondía, con una sorprendente precisión, al tipo que a mí me gustaba.

—No, mamá. Yo no lo he comprado. Este joven debe haberse equivocado de piso.

Mientras lo decía, me miró suavemente y me sonrió. Jamás nadie me había sonreído de una manera tan agradable, y eso me dio fuerzas para defender con firmeza mi punto de vista.

—Este hielo es para aquí y no tengo intención de llevarlo a ningún otro sitio...

Eso fue todo. En aquel preciso instante, la extraña fuerza que me había llevado hasta aquel lugar me abandonó y me devolvió mi voluntad débil, asustada, consciente de que me hallaba en una situación falsa. La barra de hielo se me escapó de los dedos y, resbalando por el suelo, llegó hasta la escalera y cayó escaleras abajo haciéndose añicos.

—Disculpen —les dije a las dos damas—. Me está ocurriendo algo muy grave. Creo que me siento mal.

Me daba cuenta de que mi rostro iba cambiando de color, alternando el amarillo real con el rojo intenso. Las dos señoras se apiadaron de mí y me prestaron ayuda.

Salió el padre y dos o tres personas más que constituían el resto de la familia. Ya puede imaginarse lo que ocurrió después; el padre me acusó pícaramente de haber planeado aquella intriga para ver a su hija, y todos lo aceptaron con aire de diversión. Como aceptar la verdad me asustaba más que aquella mentira, no tuve el valor de romper su ilusión. Y aquí me tiene casado con Dolores que a fin de cuentas es una buena chica...

La breve narración del señor Ernest fue seguida de un general silencio, que aprovechamos para meditar que con frecuencia el destino juega con nosotros para situarnos en el camino que nos corresponde. Yo fui el primero en reaccionar.

—¿Así que usted quiere decir que todo lo que me está ocurriendo me ocurre porque he de casarme con Clara?

Me contestó la madre, con una chispa de agresividad en la voz:

—Piense usted lo que le parezca, joven. No se pueden hacer filigranas con el destino.

Cualquiera que considere fríamente mi caso coincidirá conmigo en que la Providencia no me dejaba muchas alternativas para escoger. Además, el hombre es débil y si la trampa sobrenatural que le tienden

se dirige a sus sentidos, es muy difícil que escape de ella. Clara era bonita y yo era joven y la primavera me enardecía.

Fue entonces, próximo a ceder, cuando el señor Ernest me dio pruebas de su lealtad. Me llamó aparte a su despacho y, una vez solos, me dijo:

—Mire, joven: si realmente no tiene ganas, no se case con Clara. Olvídense de la Providencia. ¡Yo, sometiéndome a ella, buena la hice...!

—¡Usted tenía arreglo! —contesté—. Usted, diciendo que se había equivocado de piso y regresando a su casa, salía del paso. Pero ya me dirá qué puedo hacer yo. A mí me la ha hecho más gorda, me ha estrechado más fuertemente las riendas y no podré escapar. Porque con todo el respeto debido a sus derechos insisto en que esto, hace pocas horas, era mi casa.

Me apretó el brazo y me miró con una mirada triste, una mirada que quería decir que comprendía mi caso.

El asunto siguió su marcha, inexorablemente. Hace años que estoy casado con Clara y no me ha ido ni mejor ni peor de lo que suelen ir estas cosas. Pero me ha quedado un desasosiego, algo que la conciencia me reprocha con frecuencia y que me quita horas de sueño. Porque está bien que la Providencia monte estos espectaculares escenarios para que vayamos allí



donde hemos de ir, ¡pero eso de barrer a otras personas para que nosotros podamos seguir adelante!... A veces, de noche, me despierto y pienso: ¿Qué debe haberle pasado a la pobre Irene?